

LA RESEÑA LITERARIA: UNA BRÚJULA EN EL PERIODISMO CULTURAL*

Por: **Maryluz Vallejo Mejía**

Periodismo Cultural, la Renovación y Reimplantación del Género

Desde hace un año, cuando comenzó a trabajar como portero del edificio donde vive el escritor Arturo Alape, en el barrio La Soledad, Luis se ha leído más de diez libros bajo la orientación del maestro Alape, quien se siente muy orgulloso del único alumno de este taller de lectura casero. Luis, que cursó hasta segundo de bachillerato en un pueblo de la Costa Caribe, no había hecho más que las lecturas obligadas del colegio hasta que tuvo contacto con la biblioteca del escritor. Bajo su guía, empezó por las novelas policíacas de George Simenon; siguió con García Márquez, Vargas Llosa, Jack London, Tolstoi, y hasta le hincó el diente al *Bogotazo* de Alape. De Laura Restrepo se leyó la novela *Leopardo al sol* y escribió un ensayo animado por su mentor. Ahora está ávido de leer reseñas literarias sobre esas novelas, para seguir su autoaprendizaje. Con tanta lectura, Luis dice que le cambió la vida y que ahora es “uno de los pocos costeños que lee”.

Belmiro Ventura, que funge de profesor de historia jubilado en la novela *Caballeros de fortuna*, del escritor español Luis Landero, para cuando cumplió sesenta años había leído 4.598 libros. Y lo sabía con exactitud porque de cada libro había hecho un resumen y un comentario crítico, bien en agendas y libretitas de colores, bien en los márgenes y anteportadas de los propios libros.

Tanto Luis, el portero de la vida real, como Belmiro Ventura, el profesor de la ficción, ejercen a conciencia el oficio de lectores y reseñadores, aunque para satisfacción estrictamente personal. Si hubiera más lectores apasionados y juiciosos como ellos, no serían necesario los críticos, especímenes tan escasos en las páginas de la prensa colombiana de hoy en día; débil presencia que delata la mala salud de nuestra crítica. Y para seguir con la cadena del razonamiento hipotético, si nuestra sociedad tuviera un espíritu crítico elevado que se aplicara con igual rigor a todos los ámbitos de la vida nacional, habría una crítica literaria robusta, porque el nivel crítico de una sociedad se desarrolla de manera armónica. Ya lo decía el pope Hernando Téllez: “*Soy un desencantado de la razón crítica de nosotros los colombianos en este y otros aspectos de la vida nacional(...)Somos un pueblo feo, católico y sentimental. La última de estas condiciones determina una*

* Esta ponencia fue presentada durante el Seminario Internacional “Periodismo Cultural: Nuevas Voces, Nuevos Rostros”, realizado por el Programa de Comunicación Social de la Facultad de Ciencias Sociales y Educación de la Universidad de Cartagena, los días 23 y 24 de septiembre de 2004

constante derrota de la razón y, por consiguiente, de la crítica, en cualesquiera de sus manifestaciones (...)La inmadurez cultural del país, fruto de su precario desarrollo económico, político y social, explica a su vez la ausencia de cultura”¹.

En un país sin crítica, como también dice el escritor colombiano Juan Gabriel Vásquez en un reciente ensayo que apareció en la revista *El Malpensante* titulado “La reseña en conflicto”², los estándares corren el riesgo de confundirse y pasa por literatura lo que no lo es. “Y lo que resulta más grave: en un país sin crítica, la presencia de los autores en los medios, tiende, por alguna razón, a reclamar la importancia que debería tener su obra”, afirma Juan Gabriel Vásquez, mencionando de paso el protagonismo de los escritores que desvían la atención del público hacia sus entrevistas, haciéndole el juego a los medios masivos que encuentran más vendible el género de la entrevista que el de la reseña.

Diagnósticos de este tenor, desalentadores y un tanto apocalípticos se han escuchado desde siempre con respecto a la crítica en sus distintas manifestaciones, pero sobre todo en la literaria, porque convoca a más oficiantes sin sentido del oficio (cualquiera se cree conocedor de la alquimia literaria, pero no cualquiera se aventura a escribir sobre artes plásticas o música clásica o teatro); y el puñado de los que saben no gozan de suficiente espacio ni de medios. Ello nos lleva a afirmar que la crítica literaria se ha vuelto un género conflictivo y en crisis, que paradójicamente proviene en nuestro país de una rica tradición que miraremos más adelante.

Para el citado Juan Gabriel Vásquez, la reseña literaria “anda perdida en Colombia debido a tres hechos ‘asesinos’: “no hay suficientes medios que la publiquen, no hay suficientes críticos que la escriban y no hay suficientes lectores que la lean. O lo que es lo mismo: no hay suficientes personas convencidas de que ese ring de boxeo civilizado que es un suplemento de libros tenga algún efecto material en el mundo externo, el mundo, por llamarlo de algún modo, no escrito; no hay suficientes personas convencidas de que el oficio más antiguo del mundo, comentar lo que otro ha dicho, sirva realmente para algo”.

De hecho, el año pasado la revista *El Malpensante* tuvo la feliz iniciativa de publicar un suplemento de libros que circulara mensualmente en los principales diarios nacionales y regionales. Estaba listo el número cero y los dolientes – Andrés Hoyos y Mario Jursich– buscaron apoyo en los medios, en las editoriales y en todos los circuitos del libro, pero no hubo interés en el proyecto. Este tipo de suplementos sólo existen durante el breve lapso de la Feria del Libro bajo el auspicio de la Cámara Colombiana del Libro. De resto, la crítica sólo sobrevive en algunas

¹ Cfr. Suplemento Lecturas Dominicales de *El Tiempo*, junio 13/1953.

² *El Malpensante*. Pág. 29-31. (Curiosamente, la última novela de Juan Gabriel Vásquez, “Los informantes”, fue anunciada en *El Tiempo* con una nota informativa en la que el autor da declaraciones sobre su novela, sin la mínima intervención crítica del periodista, que no la había leído. Tuvieron que pasar algunas semanas para que apareciera la primera y única crítica hasta ahora en la revista *Gato para Dios*. Curiosamente, esa novela está protagonizada por un periodista que escribió un libro exitoso sobre la vida de una judía en Bogotá, y el único que se la criticó severamente fue su padre, amigo íntimo de la mujer).

revistas culturales –*El Malpensante* eliminó su sección de libros cuando planteó el mencionado proyecto– y sólo *Número*, *El Boletín Cultural y Bibliográfico* y otras pocas revistas mantienen los espacios de reseña³. En las revistas de actualidad la cuota es de máximo dos libros reseñados, y en los suplementos culturales las reseñas son cada vez más exiguas, casi homeopáticas (administradas en gotas), por lo que mejor estaríamos hablando de gacetillas o acuso de recibo de las novedades bibliográficas.

Partiendo de tan negro panorama nos interesa entonces sugerir en este espacio de reflexión sobre el periodismo cultural, la renovación y reimplantación del género en los distintos nichos periodísticos –periódicos, revistas, radio, Internet y televisión– en beneficio de autores, lectores, editores y mediadores de la agónica cultura del libro (que no hay que confundir con la saludable industria editorial y que apenas registra signos vitales con campañas como la que adelanta hoy día la Presidencia –*La lectura libera*– que básicamente impacta la red de bibliotecas públicas.

Hay que instalar en los medios masivos un aparato crítico que dé cuenta de los falsos valores literarios, de los premios arreglados, de las modas fugaces en la literatura. Según Alonso Sánchez Baute, ganador de un premio casi desconocido hasta que lo recibió su novela “Al diablo la maldita primavera” (Premio del Instituto Distrital de Cultura y Turismo), “en general el colombiano es muy voluble a los medios. Si los medios dicen que X novela es la más vendida, todo el mundo sale a comprarla. Como *Delirio*, de Laura Restrepo, que va como en 40 mil ejemplares, y cuando uno habla con quienes la han leído, la mayoría no ha pasado de la página cinco”. Lo paradójico es que a menudo los encargados de hacer las listas de libros más vendidos, recogen la información sin ningún rigor científico, y tan silvestres procedimientos –como legitimar la información del primero que responda al teléfono– han perjudicado a muchos escritores de bajo perfil comercial.

Y justamente preocupa la influencia del mercado en la valoración crítica, como se refleja en una reciente controversia que se presentó en *El Tiempo* cuando los editores de un libro protestaron por la reseña que salió publicada en el periódico sobre una biografía de Frida Kahlo, escrita por la sobrina de la pintora mexicana. Reacción inaudita y vergonzosa de irrespeto para los periodistas culturales y los críticos, porque si ya es de sobra conocido el poder del tinglado editorial, no se había llegado al extremo de exigir rectificación a un medio porque la reseña de un libro perjudica “gravemente” los intereses de la empresa editora. La Defensora del Lector de *El Tiempo*, Cecilia Orozo, tuvo que intervenir para aclarar de qué se

³ En octubre próximo empezará a circular una revista trimestral de reseñas literarias, que se llamará *A pie de página*, y estará dirigida por Moisés Melo. Ojalá prospere la iniciativa.

trataba el género de la crítica y comenzó por plantearse dos interrogantes: “¿Hasta dónde va la libertad de los comentaristas de obras literarias o artísticas?, y si la publicación de un artículo negativo puede acabar con un libro y ser responsable de la disminución de sus ventas, como sugirió el directivo de la Oveja Negra. Cecilia Orozco habló con tres expertos que coincidieron en que una crítica no determina el fracaso o el éxito de un nuevo libro, aunque es posible que influya en algunos potenciales compradores. La calidad de un libro es un valor intrínseco. Pero lo que evidencia esta polémica es que hay confusión sobre el papel de los críticos, que expresan opiniones, no hechos, y en la medida en que argumentan sólidamente esas opiniones mantienen su prestigio; de lo contrario, pierden la credibilidad de los lectores.

Orígenes de la Crítica Periodística

Después de esta mirada al panorama actual de la crítica en Colombia, vamos a ocuparnos ahora de aclarar los términos y de entender cuáles son los rasgos y las funciones del género de la crítica periodística. Empezamos por distinguir el *comentario, reseña o crítica* de la llamada crítica académica o especializada. Valga conceder aquí el crédito al español José Martínez Ruíz -Azorín- quien en el ensayo “La crítica literaria en España”, de 1893, acuñó el término de crítica “militante” o periodística para distinguirla de la crítica histórica o académica. En este magisterio lo acompañaron otros famosos escritores como Leopoldo Alas -Clarín-, quien ejerció la crítica periodística en la modalidad del “palique”, a caballo entre la crítica satírica y el artículo de costumbres, en la que daba varapalo a sus contemporáneos sin compasión. Clarín abanderó la que él llamaba “crítica popular”, aquella que cumplía una función educativa, y corrió todos los riesgos que implicaba esa fastidiosa batalla contra el mal gusto, la inercia mental y el amiguismo que contaminaban las letras.

A este lado del Atlántico, la premisa de tratar los libros como si fueran noticias, ojalá de primera plana, alentó la existencia del suplemento literario más prestigioso del mundo, *The New York Times Book Review*, que supera el siglo de existencia y cuyas reseñas constituyen auténticos ensayos y ágiles piezas literarias escritas por famosos escritores, quienes han señalado los rumbos de la literatura norteamericana y universal sin medias tintas; todo lo contrario: es de fama el arrojo y la devastadora fuerza de los juicios críticos del *New York Times*, especie de biblia de la alta cultura norteamericana.

Este suplemento advirtió tempranamente las funciones primordiales que debe

cumplir la crítica literaria: informar, orientar, valorar y recrear. En primer lugar interesa informar, dar cuenta de la primicia literaria con olfato periodístico. Pero informar sin cumplir las demás funciones conduce a la pobre gacetilla o acuso de recibo. La reseña tiene que ir más allá: calibrar los valores de la obra, resaltar su originalidad, distinguir la genuina obra de creación entre tanto ripio que abunda en las estanterías (especialmente en esta época en que los *best sellers* dominan las listas de los más vendidos).

La crítica periodística se distingue por tres rasgos: es breve, clara y remite a la actualidad. Por la misma limitación del espacio el reseñador está obligado a concentrarse en búsqueda del significado que encierra el texto, sin perderse en lo marginal; de ahí que la recensión sea una magnífica escuela para aprender a podar lo superfluo. Como no tiene el rigor de la crítica académica es mucho más viva porque está vinculada a los debates literarios contemporáneos. Además, ejerce una mayor influencia por sus posibilidades de difusión.



FOTO: JAVIER HERNANDEZ G

Etimológicamente la palabra crítica viene del griego **Kriticós**, *que juzga*. La respetable enciclopedia británica define así la crítica: “La técnica de juzgar las cualidades y valores de un objeto artístico, tanto en materia de literatura como de bellas artes”. Una definición interesante porque supone que esa habilidad para discernir puede aprenderse o adquirirse, sin caer en esas posturas extremas de genialidad y erudición que algunos pretenden endosar al oficio. Entendida como el arte de informar, interpretar y, sobre todo, valorar la obra artística, su primer objetivo es la selección de una obra entre la voluminosa oferta editorial, y su principal función es la propiciar un diálogo entre la obra y sus lectores reales o potenciales.

Si venimos hablando del arte de la crítica es porque el crítico ejerce un rol de creador; no es un simple parásito o lector inane que vampiriza la obra y presenta un frío reporte notarial de su lectura. El verdadero crítico recrea la obra porque

aporta claves para la interpretación expresadas en un lenguaje personal y seductor que echa mano de todas las licencias expresivas. Como sugería Proust, el crítico retoma el aliento y el ritmo de la obra y a la vez que la recrea explica su sentido.

Para retroalimentar el ciclo creador la reseña ha de estar bien escrita, ser profunda, medida, inteligente, persuasiva y amena. Su lenguaje, desde el título mismo debe enganchar al lector, convencerlo de que la lectura de ese libro será una experiencia inolvidable o desastrosa. Y eso se consigue con una elaborada estrategia de escritura. Como género creativo la crítica invita al juego de palabras, al empleo de imágenes que apelen a los sentidos.

Si bien el género tiene su preceptiva propia que obedece a una estructura y a unos parámetros de composición, cada crítico tiene su estilo personal y lo acomoda con toda libertad al objeto de análisis. Algunas reseñas se asimilan al perfil biográfico, otras al ensayo de más aliento, otras a la columna personal o a la crónica periodística. Algunos críticos se consideran cronistas literarios porque no pueden ocultar sus pasiones y ejercen una crítica de entusiasmo, cercana a la columna personal, en la que mezclan distintos asuntos y experiencias personales. Incluso el género de la entrevista supone una mirada crítica aguda por parte del periodista y cumple la misión de orientar, cuando el periodista se toma el trabajo de leer previamente la obra.

Por ser la crítica un género creativo no tiene que ceñirse a un esquema rígido. Pero conviene distinguir tres partes básicas en la estructura que comienza con el planteamiento del juicio o la apreciación general sobre la obra. En la segunda parte se descubre la urdimbre del texto, sus métodos y procedimientos, valores temáticos y formales con la sutil aplicación del análisis. Al dar cuerpo a la reseña se manejan la narración y la descripción para hacer la sinopsis de la historia, introducir los personajes, mencionar los detalles y pormenores relevantes, hacer las comparaciones oportunas, citar fragmentos a manera de evidencia y revivir los momentos más significativos de la acción. Y se utilizan las formas expositivas y argumentativas para comprobar la tesis de partida mediante la explicación de aciertos y desaciertos, persuadiendo al lector de la validez del razonamiento. En la tercera parte se realiza la síntesis, que puede contener o no el dictamen y se hace énfasis en los aportes de la obra y en el interés que puede tener para el público.

En definitiva, la eficacia de la crítica depende de la consistencia de la sustentación y de la fuerza de los juicios. “Enfrentarse a una obra no quiere decir aceptarla, sino controvertirla, revisarla, estrujarla, saquearla si es posible ; prescindir de ella, quizás...”, decía el lúcido Hernando Valencia Goelkel, uno de los mejores

exponentes de la crítica literaria en nuestra tradición.

El Espinoso Asunto de la Valoración

La crítica, pues, es un arte tan complejo y delicado como el mismo objeto artístico que juzga, y sus resultados suelen ser discutibles porque parten de las impresiones del intérprete, de su punto de vista subjetivo. Sin ser una ciencia exacta, supone un proceso cognitivo que establece una cadena de argumentaciones, por lo tanto no se sostiene la crítica basada sólo en intuiciones o en la improvisación de juicios estéticos. En la valoración de una obra cuenta la cuestión del gusto, pero el crítico no tiene derecho a ejercerlo como argumento, porque entonces aportaría un flaco argumento. Demostrar debe ser el único afán del comentarista de libros.

Cae bajo sospecha la crítica que por principio ataca, destila bilis y malos humores. Como decía Juan de Mairena (heterónimo de Antonio Machado), “no hay que confundir la crítica con las malas tripas”. Con frecuencia se dice que el crítico es un escritor frustrado, que descarga sus resentimientos en el papel, y no faltan estos ejemplares. Pero el crítico que goza de la credibilidad del público no tiene que ser escritor –lo que de paso garantiza cierta independencia de escuelas, estilos y capillas– puesto que su propia función es creativa.

Como intermediario, el comentarista debe abstenerse de pontificar y de conceder a los valores de la obra el estatuto de dogmas, menos en estos tiempos de relatividad del juicio, cuando se hace más necesario el arte de matizar. Hará el balance de aciertos y fallos con evidencias y argumentos sólidos, y será claro y explícito en sus observaciones. Lo que resulta inadmisibles son los comentarios tímidos, que cómodamente evaden el juicio personal o que incurren en la más desconcertante ambigüedad o relativismo.

La discusión sempiterna de la crítica se ha centrado en el dilema de la valoración: si la crítica debe limitarse a describir y analizar los elementos de la obra, o si debe emitir juicios de valor. Se acepta que un buen análisis lleva implícita la valoración, pues la misma selección de la obra y de sus rasgos significativos da cuenta de una jerarquía de valores. Pero la crítica periodística debe plantear juicios explícitos y rotundos, que orienten al lector sobre la calidad del libro. El juicio, como decía el ensayista mexicano Alfonso Reyes, “*es la corona de la crítica*”.

En cuanto a la selección, aunque se supone que la crítica periodística actúa sobre las novedades del mercado, conviene rescatar esporádicamente los clásicos,

porque esa tradición ayuda a formar la cultura literaria de los lectores. T.S. Eliot en *Función de la poesía y función de la crítica* (1955), aboga por esa recuperación de los clásicos que generación tras generación van cayendo en el olvido. Esa misma apuesta la hace George Steiner, oráculo de la crítica norteamericana actual, quien reivindica la lectura de los grandes libros como verdadero camino del conocimiento.

Lamentablemente, excepto por las pocas felices ocasiones en que se reeditan los clásicos, el reseñista debe ocuparse de las novedades que saturan el mercado. Este fenómeno de la industria editorial está adquiriendo tan desmesuradas proporciones que se están transformando los roles del autor, del lector y del crítico. En la selección de los libros para comentar inciden factores extraliterarios que cada vez reciben más atención en los medios de comunicación debido al concepto dominante de *cultura espectáculo*: los libros premiados; los libros de coyuntura que se vuelven polémicos por la actualidad del tema; los libros avalados por el éxito internacional o por campañas publicitarias ruidosas y los libros más vendidos de las listas.

De las listas no se parte, a las listas se llega. Así tendría que poner a prueba el crítico su facultad selectiva. En el proceso de selección del material cuentan dos factores que no siempre coinciden: el interés y la calidad. Un libro puede tener interés específico por el tema que aborde y por las circunstancias extraliterarias que rodean al autor, pero carecer de valor. Mientras muchos libros de calidad son excluidos por su escaso interés “periodístico” o porque pertenecen a una narrativa poco conocida, a un autor igualmente desconocido o a un género inclasificable. También se da el paradójico caso de libros que pueden ser *best sellers* de calidad (Umberto Eco, por ejemplo), pero son desechados por prejuicios intelectuales del crítico que desconfía del gusto de las mayorías.

En medio de la anarquía reinante en cuanto a tendencias y estilos, sólo queda un criterio seguro para aplicar a las obras: el de la calidad. La prueba definitiva de la calidad de una obra no es otra que el grado de verdad que encierra, la fuerza expresiva e imprevisible del lenguaje, lo original del planteamiento, la complejidad y coherencia de la construcción. En este orden de ideas hay que buscar un equilibrio entre la crítica esteticista que califica los valores formales y la crítica humanística que resalta las ideas y los valores como reflejo de la realidad social y del contexto cultural.

¿Y cómo se puede reconocer una obra buena? Como lectores sensibles experimentamos algo con la obra y en ese momento captamos su valor, luego

transmitimos ese valor tratando de convencer a los lectores, porque desde el punto de vista retórico la principal función de la crítica es la de influir en el público. Naturalmente, cada crítico está equipado con su propia ideología, escala de valores y concepción de la literatura, pero, sobre todo, con un estilo personal.

Este espinoso asunto del valor siempre ha dividido a los críticos entre los que abogan por un estricto examen valorativo, tomando la crítica como una actividad higiénica o de gendarmería, y los que consideran que la función de la crítica no consiste en imponer el juicio sobre las verdades o mentiras de la obra, sino en mostrar lo que ésta dice para que los lectores saquen sus propias conclusiones. De todas formas, no sabemos a ciencia cierta si los valores se encuentran en la obra como tal, o en quien la recibe y experimenta.

El Nobel de Literatura Joseph Brodsky considera que la crítica literaria cumple un papel de brújula pero, por desgracia, la aguja oscila locamente: “El problema que se presenta ante el crítico tiene mínimo tres bandas: A) Puede ser tan mediocre e ignorante como nosotros mismos, B) puede tener una fuerte predilección por un tipo de escritura o, sencillamente, estar comprometido con la industria publicitaria y C) si es escritor de talento puede convertir su crítica en una forma independiente de arte -Jorge Luis Borges es un caso cimero- y uno termina por leer las críticas en lugar de los propios libros (...) En cualquiera de los tres casos continuamos a la deriva en el océano. Así pues, una alternativa sería desarrollar un criterio personal y construir nuestra propia brújula”.

Las Credenciales del Crítico

Controlar esta brújula supone una gran responsabilidad. Por ello se espera que el crítico tenga un amplio bagaje literario, sienta pasión por la literatura y sea de espíritu generoso para transmitirla, que posea un estilo personal atractivo, que sea insobornable ante las presiones externas y, lo principal, que tenga una sensibilidad especial por las artes y un agudo olfato para oler el talento genuino o la impostación.

Para encajar en el perfil debe ser a la vez cronista, reportero, juez y creador, más que un simple agente de tráfico de los valores literarios. Un crítico que tenga principios claros y criterios definidos goza de la credibilidad de sus lectores porque la crítica, en últimas, es una guía estética basada en la inteligencia y la autoridad del crítico. Es decir, la misma figura del crítico se convierte en argumento de autoridad. Los peligros vienen cuando el crítico se arroga demasiado poder y se convierte en un censor temido. También están los llamados criticastros, aquellos

que se dedican a satirizar y a destruir las obras sin ningún fundamento.

En mercados literarios muy especializados, y donde la literatura goza de una amplia divulgación, existe la figura del crítico superespecializado en distintos géneros: literatura de ciencia ficción, historia, literatura infantil, literatura de superación, ciencias y tecnología, ensayo, cuento, poesía, etc. Sin embargo, creo

que es más saludable mantener contacto con los distintos géneros para que la mirada crítica no termine por sesgarse. Ahora bien, quien tiene que escribir uno o más comentarios semanales corre el riesgo de perder su brújula, puesto que la obligación del oficio termina por pervertir el gusto por la lectura. En ello coincido con nuestro estudioso David Jiménez, quien afirma que el gusto del crítico profesional termina por estragarse: “Hay que cuidarse de los tics del que lee por oficio y sólo

para criticar, porque se pierde el placer de la lectura”. Para él lo peor que puede pasarle al crítico es que, por ejemplo, lea por militancia todo lo que se publica en Colombia, porque pierde la mirada universal.

Pecados Capiales de la Crítica

La opinión generalizada es que el descrédito mayor de la crítica ha sido resultado del ejercicio periodístico que, se supone, permite toda suerte de imprecisiones y exabruptos. Se le adjudican debilidades como la de ser una crítica impresionista, parafrástica, descriptiva, que oscila de la apología al terrorismo. Oscar Wilde, dice en sus *Diálogos de El crítico artista*: “Los pobres críticos se ven probablemente reducidos a ser los reporteros de la policía correccional de la literatura; los cronistas de los delitos habituales de los criminales del arte. Se ha dicho muchas veces que no leen en absoluto las obras que tienen que criticar. Es cierto, o por lo menos debería serlo. Si las leyesen, se convertirían en unos misántropos emperdernidos”.

FOTO: JAVIER HERNANDEZ G.



Otro enemigo acérrimo de la cultura periodística y crítico de mucho fuste en el mundo anglosajón, George Steiner, afirma: “La mayor parte del periodismo literario y de las reseñas es totalmente efímera. Cae en el olvido al día siguiente... Es de suponer que se hojea más que se lee. Para Steiner (*Presencias reales*), el crítico y el reseñador de periódicos son como “la sombra del eunuco”, simples intermediarios, revendedores, correos privilegiados

Con simpatizantes y detractores, podemos llegar a la conclusión de que la crítica no es intrínsecamente mala –aunque abunde la crítica inepta– y cumple una función indispensable y legítima para que exista la literatura porque la interpretación es una necesidad cultural. Pese a incurrir en banalidades, mientras se difunda la crítica en los medios masivos los creadores tendrán la oportunidad de ser reconocidos y los lectores estarán menos expuestos al engaño del mercado. Lo deseable no es que desaparezca la crítica de prensa, sino que deje de ser gacetilla elogiosa o mera paráfrasis de la obra y cumpla sus funciones.

Vale la pena citar nuevamente a Hernando Téllez para quien, “la opinión en general, la crítica de artes plásticas, la de literatura, la crítica, en una palabra, es un modelo de injusticia y de pedantería o un paradigma de equidad y de medida, según contraríe los propios juicios del receptor o los ratifique (...) Sin esos seres incómodos y especializados cuya arbitrariedad y cuya justicia proclaman su condición falible, el arte carecería de categorías y de calidades. Sería el caos”⁴.

De los Debates de la Crítica en Colombia

En todos los debates y exámenes de conciencia a la crítica desde comienzos de este siglo hasta nuestros días, se llega siempre a las mismas conclusiones: que cuando la crítica no cae en el ditirambo o elogio exagerado, descuartiza a la víctima, pero no hay términos medios ni rigor. Entre el homenaje y el insulto, desaparece el razonamiento justo y orientador. En todas las publicaciones priman criterios de amistad o enemistad y funcionan las odiosas camarillas.

Gustavo Santos, colaborador de la antigua revista *Cromos* se refirió en una entrega titulada “La crítica en Colombia”⁵ (1916), a las distorsiones de la crítica literaria en Colombia, que a menudo se convierte en pretexto para los ataques o las apologías personales. Denuncia la crítica desmedida en elogios que descubre genios todos los días, y con estilo directo afirma: “La crítica, cuando se lleva a cabo conscientemente, hiere de muerte a quien no tiene derecho a vivir, y alienta a quien debe vivir [...] La sanción es una de las bases de toda sociedad; ahora bien:

⁴ “El crítico y los demás”, *El Tiempo*, enero 7 de 1962.

⁵ *Cromos*, 19 de febrero de 1916

la crítica sería ejercer la sanción inteligente, sin la cual no es posible esperar progreso alguno. Nuestra crítica amable, pues, no tiene razón de ser[...]”.

Próspero Morales Padilla⁶, en el *Magazín de El Espectador* (1955), realiza un balance de cinco años de la literatura colombiana que titula *Saldo rojo*. Atribuye a la crítica una “misericordia franciscana” a la hora de calificar, y dice que la literatura nacional tiene la crítica que se merece: anti-técnica, esporádica y paternal. Juzga la literatura colombiana de percedera; dice que la lírica contamina a muchos narradores y que el drama político y social se impone a la escritura misma⁶.

Las opiniones no han variado mucho desde entonces, aunque las circunstancias sean bien diferentes. Hasta mediados de siglo no existía una industria editorial importante, y donde no hay producción difícilmente se presenta la crítica. Pero lo paradójico es que había más presencia crítica entonces que ahora, con mercados nacionales e internacionales en expansión. Había más publicaciones especializadas en asuntos literarios como las memorables *Voces*, *Revista de las Indias*, *Revista Universidad de Antioquia*, *Mito*, *Eco*, entre otras memorables. Y, en general, esa pequeña elite de conocedores del libro era más nutrida que la de este siglo XXI.

La crítica en todas las épocas ha cometido injusticias, porque la subjetividad la hace tan vulnerable como falible, pero sobre todo pesan los criterios extraliterarios de orden profano y divino sobre los criterios estéticos. De libros nuestros, luego consagrados, se llegaron a decir exabruptos como cuando un tal “Mister Rubio”, escribió: “¡Qué desengaño! En vez de ser una historia de viaje a pie resulta ser únicamente y nada más ni menos un VEHÍCULO para perpetuar una serie de filosofías vagas medio dirigidas y desordenadas; resulta ser un vehículo para lanzar a su mundo limitado un odio y veneno que poco bien sería característico de un filósofo verdadero”, sobre *Viaje a pie*, del filósofo antioqueño Fernando González⁷.

La Prensa de Barranquilla (1928) sirvió de estación de paso al poeta andariego Porfirio Barba Jacob, quien reseñó con entusiasmo la aparición de la novela *Cosme*, de José Félix Fuenmayor. Destacó el estilo sencillo y matizado de ironía penetrante, que impide caer en el drama patético. “El autor de *Cosme* produjo una obra suprema, un verdadero reflejo de la América tropical”⁸. En contraste, otros críticos de medio pelo, pero con tribuna en periódicos de categoría, se sintieron ofendidos por la crudeza de la novela, rayana según ellos en el género revulsivo. De grosera y repugnante no la bajaron. Desde un punto de vista

⁶ Magazín Dominical de El Espectador, 4 de diciembre de 1955

⁷ En: El Heraldo de Antioquia, 30 de noviembre de 1931.

⁸ La Prensa, 14 de agosto de 1928.

moralista, excomulgaron a los personajes –sin redención posible– y hasta vieron asomos de la peste comunista en esa propuesta naturalista.

El respetado Hernando Valencia Goelkel consideraba soporífera la obra de Carrasquilla porque desestimaba por principio la literatura de aires provincianos. Jaime Mejía Duque calificó de “brillante chasco” nada menos que *El otoño del patriarca*, de García Márquez, y le atribuyó problemas de concepción y de ejecución literarias.

Al calor de estas polémicas conviene asomarnos a la tradición de la crítica literaria en la prensa colombiana para confrontar el ejercicio actual de la crítica e identificar modelos que siguen vigentes y que han sido injustamente olvidados. Desde sus comienzos la prensa en Colombia tuvo una doble vocación política y literaria y las publicaciones sirvieron de refugio a intelectuales y políticos de fuste, que ante la imposibilidad de publicar sus libros, se dedicaron a divulgar sus ideas en los fugaces medios impresos. La literatura pues, siempre tuvo un cajoncito en los periódicos, como dice Daniel Samper Pizano.

A comienzos del siglo XX surgieron importantes publicaciones literarias en forma de revistas independientes, “hebdomadarios”, suplementos o páginas especializadas que se dedicaron a la difusión de piezas literarias en distintos géneros y al comentario literario (revista *Contemporánea*, *Gris*, *Alpha*). Estimulantes eran sobre todo las polémicas ardientes que se armaban en torno a la literatura, los cruces de cartas entre famosos y, en general, la discusión apasionada sobre la literatura. El maestro Carrasquilla fue uno de los grandes animadores de estos debates, dedicado como estuvo a los menesteres de la crítica con su claridad y lucidez características; y combina sus deliciosos cuentos con juiciosos juicios vertidos en sus “Homilías” (revista *Alpha*, de Medellín), en las que atacaba con pasión el Modernismo y sus influencias foráneas y defendía el criollismo literario.

Como se mencionó antes, en la revista *Cromos* (1916) también tuvo espacio la crítica de excelente factura, con escritores como Eduardo Castillo, quien le da la bienvenida a *La Vorágine*, de José Eustasio Rivera. Dice que no se puede comparar con otras de más valor artístico del autor, como *Tierra de promisión*, y señala que Rivera desconoce lo que Flaubert llamaba “Las torturas del estilo”: “sus párrafos están llenos de versos alejandrinos y endecasílabos que le dan a la frase un sonsonete molesto”. Sin embargo, destaca la capacidad descriptiva y la paleta de ricas tonalidades del novelista”. La crítica de Castillo se identifica por su estilo impresionista. Y como el más positivo y benévolo de los críticos, habla de “esos censores que ejercen el magisterio de la crítica cominera y roedora”. Otros críticos

de *Cromos* son Miguel Santiago Valencia y Tomás Rueda Vargas.

Curiosamente cuando el país estaba en bancarrota moral, después del 9 de abril, se fortaleció la prensa cultural especialmente en Bogotá. *El Espectador*, *El Tiempo*, *El Liberal*, *Sábado*, *Semana*, *la Razón*, *Estampa*, *Crítica*, entre otras publicaciones, centraron su atención en las secciones literarias y artísticas como una válvula de escape para los lectores agobiados por la ola de violencia.

En el semanario *Sábado* (1943), de Plinio Mendoza Neira y Armando Solano, muchas veces los juicios sobre la literatura colombiana se caracterizaban por su dureza. En el artículo "Realidad literaria de Colombia"⁹, Eduardo Santa empieza por decir: "Nuestra literatura, pese a lo que muchos vienen repitiendo en coro, es una literatura pobre, pobre pero abundante: varios siglos produciendo malos versos, prosa hinchada, grandilocuente, tan afectada por ese tremendo enemigo del escritor que es el adjetivo". Y termina diciendo que la novelística colombiana es una de las más pobres de América: "Nos ufanamos de *La Vorágine* de Rivera, y de *La María de Isaacs*, pero no son novelas. El paisaje, el extraordinario paisaje del trópico estrangula los personajes, los hace tan diminutos que a la luz de la técnica novelística, habría que mirarlos bajo un microscopio". Y termina el balance señalando que en Colombia la política y el periodismo se devoraron a los grandes escritores.

Pero es en la revista de la Universidad de Antioquia donde encontramos a un crítico agudo que pronto se conocería como el padre del Nadaísmo: Gonzalo Arango. Sus *Notas Literarias* comenzaron a aparecer en 1953, cuando tenía 22 años. Representaba al crítico antidogmático, ajeno a prejuicios de cualquier tipo, que se ocupa por igual de libros de novelas, filosofía, ensayo, pero en especial de la poesía. Su crítica es positiva y mesurada, aunque de vez en cuando se asoma la agresividad del escritor que poco después sembraría pánico.

Poco a poco va enfilando baterías y cargando las tintas con esa ironía que lucía como una segunda piel. Sobre una antología de poetas de Antioquia escribió: "Como datos visibles, la antología tiene 360 páginas y un kilo de peso. Este solo hecho implica ya un esfuerzo...dice que mejor la habían llamado Antología de Trovadores Antioqueños o juglares de municipio. Sigue alternando las críticas más demoledoras con las ponderadas, pero sin dejar de señalar fallos. El libro de poesía *Tránsito de Caín*, de Héctor Rojas Herazo, le merece los mayores elogios, y califica al poeta como uno de los valores más representativos de la nueva generación.

⁹ *Sábado*, 14 de julio de 1951.

Los Suplementos Canónicos

Hablaremos ahora de dos suplementos que durante todo el siglo XX fijaron y renovaron con particular interés los cánones literarios. *El Espectador* se fundó en Medellín en 1887, y en 1891, don Fidel Cano, bastante interesado por la poesía y contagiado por el espíritu literario de la época, comenzó a publicar una página de literatura que marcó el inicio de los suplementos literarios. Con el único antecedente de *El Nuevo Tiempo Literario*, editado en Bogotá desde 1905 por Ismael Enrique Arciniegas, el 12 de septiembre de 1915 nació en Medellín *La Semana*, ilustrado por el maestro Ricardo Rendón, dedicado a la poesía, la vida social y cultural. En 1918 se editaron los *Sábados Literarios* y en 1948 comenzó su andanada el famoso literario *Fin de Semana*, que a partir de 1950 pasaría a llamarse *Magazín Dominical*.

En 1950 asumieron la dirección del suplemento Alvaro Pachón de La Torre y Guillermo Cano, dos jóvenes con fino olfato literario y periodístico. El gran acierto del suplemento fue dedicarle un espacio generoso a la pura literatura: en cada entrega se publicaban como mínimo seis relatos, lo que se valoraba en una época de limitada difusión editorial. Abundaban los cuentos de autores extranjeros (norteamericanos en su mayoría), muchos de ellos traducidos por primera vez para el *Magazín*. De ahí el espíritu cosmopolita de la publicación. Por lo anterior, la sección estelar del suplemento era la de *Maestros del cuento*, con un comentario crítico, sin firma (de Eduardo Zalamea Borda, *Ulises*), sobre el autor y su época. Por allí pasaron clásicos como Valle Inclán, Twain, Azorín, Mann, Wilde, y se destacaban los norteamericanos como Faulkner, Hemingway, Steinbeck y Virginia Wolf.

Pero la predilección por la literatura extranjera en detrimento de la colombiana llegó a molestar a algunos lectores. García Márquez, por ejemplo, aceptó el desafío de *Ulises* que conminó a los nuevos talentos a enviar sus cuentos. Fue así como Gabo mandó su cuento *La tercera generación*, el primero que le publicaron en *El Espectador*, a ocho columnas, ilustrado por Grau, y con el reconocimiento entusiasta de *Ulises*. Más adelante el mismo Zalamea Borda hizo una defensa del cuento de García Márquez *Un día después del sábado*, en el que no pasa nada, y lo calificó como “una de las creaciones más significativas de la nueva literatura colombiana”.

En general el suplemento mantuvo una postura escéptica frente al movimiento

de la crítica en Colombia. Reconocía que ante la inexistencia de la profesión del crítico en el país y a la ausencia de medios que favorecieran esa función, la escasa crítica resultaba provinciana y amiga de sus amigos.

También se registraron estimulantes polémicas como la de los *Procesos literarios*, en la que se revalúa la obra de José Asunción Silva y Julio Flórez, y se publica como primicia periodística la carta inédita de Tomás Carrasquilla dirigida a Max Grillo en la que el maestro antioqueño critica la literatura colombiana de fin de siglo y analiza su propia obra.

Otros comentaristas asiduos del suplemento fueron Elisa Mujica, con su columna "El retrato y la imagen", que enviaba desde España; Antonio Panesso Robledo que hablaba de temas literarios de actualidad internacional; Fernando Soto Aparicio, que sostuvo la columna "Libros contemporáneos". Otros colaboradores eran: Lucio Duzán, Alfonso Castillo Gómez, Manuel Drezner, Iader Giraldo, José Guerra y Nicolás Suescún, quien "Desde la librería Buchholz", ejerció con tino y elegancia su labor. Héctor Ocampo, joven escritor caldense, representaba la línea dura de la crítica literaria con severidad (incluso Hernando Téllez lo alaba desde su columna de *El Tiempo* por su rigor y exigencia). Ocampo combatió la retórica grego-quimbaya, y sus críticas, de gran altura intelectual, produjeron disgustos y polémicas a granel. Sobre el oficio de la crítica en Colombia afirmó: "Se impone una labor de asepsia, de severa limpieza, de incineración de basuras".

Pero la columna estelar sobre libros era *Fin de Semana*, de Eduardo Zalamea Borda -*Ulises*, rincón sagrado a través de los años para la literatura y las artes. Cuando se publicaron dos capítulos de *La mala hora*, de García Márquez, novela ganadora del premio literario Esso (1961), Ulises dedicó una elogiosa crítica, y dice que después de *El coronel y la mala hora* sigue esperando la gran novela que promete el talento del escritor.

Lecturas Dominicales de El Tiempo

El Tiempo ha sostenido desde comienzos del siglo XX un suplemento en el que han escrito varias generaciones y corrientes literarias: Centenaristas, Postmodernistas, Nuevos, Piedracelistas, Cuadernículas, los de Mito y los Nadaístas.

Entre 1926 lo dirigió Alberto Lleras Camargo; en 1934 Germán Arciniegas, a quien sucedió Hernando Téllez; en 1940 Eduardo Carranza y en 1946 Eduardo

Guzmán Esponda, quien pasó el testigo a Jaime Posada. A partir de 1949 el suplemento comenzó a llamarse *Suplemento Literario de El Tiempo*, y unos diez años después, bajo la dirección de Eduardo Mendoza Varela, vivió su mejor época. Entonces los comentarios de libros estaban a cargo de José Ignacio Libreros, Rafael Maya, Andrés Holguín, Luis de Zulueta, Tomás Vargas Osorio, Jaime Posada, Jorge Zalamea, Elisa Mujica, y empieza a colaborar el joven Plinio Apuleyo Mendoza.

Las columnas más acreditadas en los cincuenta eran la de Pedro Gómez Valderrama *Los pasos perdidos*; de Fernando Guillén Martínez, *Las sombras y los gestos*; de Eduardo Caballero Calderón –Swan– *El Tiempo perdido* y la columna de Próspero Morales Padilla, *Compás de espera*, en especial dedicada a la crítica literaria. Con Jaime Posada el suplemento literario ejerció una enorme influencia en el medio cultural. Sobre todo orientó las letras colombianas a través de los sesudos artículos de los autores mencionados, además de Otto Morales Benítez, Jaime Tello, Jaime Mejía Duque, José Ignacio Libreros, Hernando Téllez, Hernando Valencia Goelkel, que propugnaron por una crítica literaria objetiva.

Y para terminar, quiero hacer un homenaje al crítico literario por excelencia de Cartagena, Fernando de la Vega, quien se dedicó por entero al cultivo de este género. En el prólogo de su libro *Ideas y comentarios* (Cromos, 1927), Sanín Cano, señaló: “El señor de la Vega es acaso el primer escritor colombiano que entra a la literatura por las aduanas de la crítica y permanece en ella con ánimo constante”. Agrega Sanín Cano que “es rara en Colombia esta preparación a la crítica y es más rara la buena fe, la sana intención con que el señor de la Vega ha emprendido la noble tarea de entender a fondo las cosas literarias y comunicar sus impresiones. Aprecia también el estilo claro y preciso del crítico cartagenero.

Otros libros de Fernando de la Vega son *Apuntamientos literarios* (1924); *A través de mi lupa* (1951) y *Crítica* (1967). A diferencia del otro crítico cimero de Barranquilla, Carlos J. María¹⁰, famoso por sus juicios feroces y descarnados – en la mejor tradición española de *Clarín*, Luis de Bonafoux, Emilio Bobadilla (*Fray Candil*)–, de la Vega se caracterizaba por su benevolencia y sutileza y estaba más cerca de la corriente reposada de la crítica española con Menéndez Pelayo, Azorín, Julio Casares y Eduardo Gómez de Baquero (*Andrenio*). Se dedicó al ejercicio de la crítica constructiva y mantuvo esa tradición forjada por los padres fundadores de la crítica en Colombia: Miguel Antonio Caro, Rufino José Cuervo y Marco Fidel Suárez, y con otros más contemporáneos como Carlos Arturo Torres y Antonio Gómez Restrepo.

¹⁰ Ver la edición antológica que hizo Ariel Castillo, *Feedback: notas de crítica literaria y literatura colombiana antes y después de García Márquez* María, Carlos J., 1933-1994, Instituto Distrital de Cultura de Barranquilla, 1996.

Queda pendiente la recuperación de su legado para las nuevas generaciones, así como la de otras voces de la Costa Caribe cuyos textos críticos sirvieron de brújula a los lectores de distintas épocas y latitudes.

BIBLIOGRAFIA

El Tiempo, Lecturas Dominicales, junio 13/1953

El Malpensante. Sin más datos.

El Tiempo, "El crítico y los demás", enero 7 de 1962

Cromos, 19 de febrero de 1916

El Espectador, Magazín Dominical, 4 de diciembre de 1955

El Herald de Antioquia, 30 de noviembre de 1931

La Prensa, 14 de agosto de 1928

Sábado, 14 de julio de 1951

BIOGRAFÍA

MARYLUZ VALLEJO MEJÍA

Doctora en Ciencias de la Información de la Universidad de Navarra. Miembro del Consejo Editorial de la Revista Signo y Pensamiento. Directora del Énfasis en Periodismo Cultural de la Universidad Javeriana.